

Sección Debate (*revista PH* 119, octubre 2026)

Debate 35: Patrimonio biocultural: ¿maraña conceptual o cambio de paradigma?

Textos provisionales

Cuando la naturaleza se convierte en hogar: las cuevas del Calguerín y el patrimonio biocultural

Francisca Haro Roldán | Graduada en Geografía e Historia

En el municipio de Cuevas del Almanzora, en el Levante almeriense, existe un lugar donde la naturaleza y la acción humana han mantenido, durante generaciones, un diálogo silencioso. Las cuevas del Calguerín no representan únicamente un conjunto de viviendas excavadas en la roca; constituyen el resultado de una adaptación continua al medio, de un conocimiento transmitido entre generaciones y de una forma de habitar el territorio que ha modelado tanto el paisaje como la identidad de quienes lo han ocupado.

El Calguerín no puede entenderse únicamente como un conjunto de cuevas, ni solo como un paisaje natural. Su verdadero valor reside en la interacción continuada entre el medio geológico y las comunidades que lo habitaron, dando lugar a un paisaje cultural donde naturaleza y cultura forman una realidad inseparable. Durante mucho tiempo, ambos ámbitos se han estudiado por separado. Sin embargo, el concepto de patrimonio biocultural propone una mirada diferente: comprender que muchos paisajes son el resultado de una relación continua entre las comunidades humanas y el entorno que habitan. En ellos, la biodiversidad, la arquitectura, los conocimientos tradicionales y la memoria colectiva conforman un legado común que solo puede comprenderse desde esa interacción.

Las cuevas del Calguerín constituyen una oportunidad para reflexionar sobre este concepto desde una realidad concreta y cercana. Excavadas en la roca y adaptadas a las características geológicas del terreno, estas viviendas no solo reflejan una solución arquitectónica, sino también una forma de habitar el paisaje que ha perdurado durante generaciones. Quien contempla hoy el perfil del Calguerín puede ver una sucesión de cuevas abiertas en la ladera; sin embargo, basta detener la mirada unos instantes para comprender que no se trata únicamente de un conjunto de viviendas, sino de la expresión material de una forma de entender y habitar el territorio.

Situada a poco más de dos kilómetros del núcleo urbano de Cuevas del Almanzora, la Terrera del Calguerín constituye el conjunto de cuevas-vivienda más extenso del valle del Almanzora, con más de trescientas cavidades excavadas en la roca. La singularidad de este enclave no reside únicamente en sus dimensiones, sino en la forma en que el relieve ha condicionado la ocupación humana durante siglos. El gran paredón rocoso, elevado sobre la vega, conserva aún la huella de un hábitat organizado en varios niveles, donde las cuevas estuvieron comunicadas mediante calles y accesos adaptados a la propia montaña. La ocupación humana de este entorno se remonta a la Prehistoria, cuando algunas cavidades naturales fueron utilizadas como refugio. Con el paso del tiempo, el ser humano adaptó la roca a sus necesidades, excavando y transformando muchas de estas cavidades en viviendas permanentes que terminarían configurando uno de los paisajes más singulares del Levante almeriense. La erosión ha modificado parte de su aspecto original, pero no ha borrado el testimonio de una forma de habitar el territorio basada en el aprovechamiento de las condiciones naturales.

Habitar el Calguerín no consistió únicamente en ocupar un espacio disponible, sino en comprender las posibilidades que ofrecía el propio medio geológico. La roca dejó de ser un obstáculo para convertirse en materia constructiva; el relieve pasó a formar parte de la vivienda y el clima encontró en la tierra un aliado capaz de mantener una temperatura estable durante todo el año. Esta forma de arquitectura popular demuestra cómo la adaptación al entorno puede generar soluciones que hoy reconocemos como sostenibles, mucho antes de que la sostenibilidad se convirtiera en un concepto ampliamente difundido.

Las cuevas son, por tanto, mucho más que un ejemplo de arquitectura excavada. En ellas se conservan conocimientos transmitidos de generación en generación, técnicas de construcción adaptadas a las características del terreno y una forma de vida estrechamente vinculada al paisaje. Cada vivienda constituye el resultado de una relación continua entre las personas y el medio natural, donde el territorio no se impone, sino que se interpreta y se habita de acuerdo con sus condiciones. Desde esta perspectiva, el Calguerín puede entenderse como un auténtico paisaje biocultural, en el que convergen elementos materiales e inmateriales: la geología que hace posibles las cuevas, la

arquitectura tradicional, la memoria de sus habitantes y el sentimiento de pertenencia que todavía hoy permanece ligado a este lugar.

El patrimonio biocultural no surge de forma espontánea; es el resultado de un proceso histórico. Cada generación hereda un paisaje, lo adapta a sus necesidades y, al mismo tiempo, transmite a la siguiente los conocimientos necesarios para seguir habitándolo. El Calguerín es la expresión material de esa continuidad. Su singular configuración paisajística ha despertado el interés de viajeros, investigadores y habitantes del municipio, convirtiéndose en uno de los enclaves más representativos del paisaje cuevano. Sin embargo, su valor no reside únicamente en la belleza del lugar, sino también en la memoria viva que conserva y en el vínculo que mantiene con quienes lo han habitado.

La conservación del patrimonio biocultural exige una mirada más amplia que la simple protección de los edificios. Preservar las cuevas del Calguerín implica también conservar el paisaje que les da sentido, documentar los conocimientos tradicionales asociados a su construcción y mantenimiento, recoger los testimonios de quienes las habitaron y favorecer que las nuevas generaciones conozcan su historia. La custodia de este patrimonio debe apoyarse en la implicación de la comunidad local, en la investigación histórica y en la difusión de sus valores culturales y ambientales. Solo desde una gestión que integre naturaleza, patrimonio y sociedad será posible garantizar que el Calguerín continúe siendo un espacio vivo y no únicamente un vestigio del pasado. Porque proteger este paisaje significa también proteger la memoria colectiva que lo ha modelado durante generaciones.

Quizá la mayor riqueza del Calguerín no resida únicamente en sus cuevas, sino en la capacidad de recordarnos que el paisaje también puede ser un hogar. Un hogar construido no contra la naturaleza, sino con ella. Reconocer ese legado es el primer paso para conservar un patrimonio que pertenece tanto a la tierra como a las personas que la han habitado.